

De Nueva Orleans a Mesopotamia

Marino Millán Moscoso

MARINO MILLÁN

**DE NUEVA ORLEANS
A MESOPOTAMIA**



Capítulo 1

De Nueva Orleans a Mesopotamia

Mi pasión por la música la traigo desde mi niñez. En mi familia varios de mis primos tomaron ese camino desde temprana edad y no fueron músicos de oído, pasaron por la universidad, el conservatorio, y se hicieron profesionales. Fundaron inclusive una orquesta que hasta hoy sobrevive: La Cali Charanga.

Intérpretes de pachangas y música cubana, además de aires tropicales. "Al pasito cañandonga" fue uno de sus grandes sucesos musicales. Un tema icónico para los bailadores caleños.

En mi caso preferí el periodismo y las letras, aunque fui al instituto de música en donde recibí clases de canto, armonía, gramática y aprendí a tocar discretamente algunos instrumentos que, me condujeron a componer una que otra canción y a producir unos cuantos jingles con sus respectivos arreglos.

Grabé en mi voz veinte canciones que fueron éxito en el edificio en donde vivía, debido al alto volumen de mi reproductor cada vez que las escuchaba. Y por allá en 1991, me presentaron como artista invitado en Festibuga, un festival nacional e internacional de interpretes de la canción, alternando con Shakira. Episodio que debe ser de ingrata recordación para semejante figura de la música y orgullo de Colombia mi amado país.

Como ella apenas rondaba sus quince añitos, era una niña y estaba muy nerviosa en el camerino. Yo era su vecino. Salí y miré al interior por curiosidad, lejos de saber de quien se trataría. Además, eran sus comienzos y para nada me imaginaba que esa tímida chiquilla años después sería semejante fenómeno musical a nivel mundial. Caminaba de un lado para otro, estaba descalza, tenía sus manos entrelazadas y creo que oraba.

—Niña linda, ¿te pasa algo? —le pregunté con sutileza para darle algo de confianza.

—Señor, estoy muy nerviosa —respondió con su inconfundible acento caribeño.

—Me permites entrar —le consulté.

—Si señor, pase —respondió.

Me dijo quién era, me habló de su vocación por el canto y de sus aspiraciones artísticas. Que tocaba guitarra y componía sus canciones. De

su familia y de su Barranquilla. Y por mi parte la motivé y tranquilicé al máximo. Cuando el presentador la convocó al escenario, compareció tranquila y confiada. Se mandó un show que enloqueció al público presente. No me equivoco si afirmo que esa noche nació la gran e incomparable Shakira.

Como anécdota, por esos días me encontraba de compras en un supermercado y un caballero se me acercó diciéndome amable y sonriente.

—Yo compré sus discos.

Lo miré y le respondí con mi original desparpajo.

— ¿Ah, fue usted? —nos reímos de lo lindo.

Y cómo olvidar que fui quien inauguró los estudios de grabación del inmortal Jairo Varela, director del Grupo Niche, en la calle quinta con carrera 39, en mi natal Cali. Modernos por demás para la época. Con una consola de cincuenta canales. Como dirían mis hermanos mexicanos: "a todo dar". Allí, y bajo la dirección musical del peruano Alfreddito Linares, grabé diez baladas, para que sufran mis detractores.

Recuerdo que una tarde cuando hacíamos la mezcla de uno de los temas, apareció por sorpresa el maestro Varela, y yo, no sé por qué putas, le pedí que escuchara mi canción y que me diera su opinión. Él, muy cortés, accedió. Se puso los audífonos con un volumen ensordecedor para cualquier ser humano, se sentó, cerró los ojos y de cuando en vez meneaba la cabeza de un lado para otro siguiendo el ritmo de la melodía, mientras yo, expectante, esperaba con ansiedad su positivo veredicto. Cuando se despojó de los auriculares se dirigió a mí.

— ¿Será que puedes repetir eso? —dijo.

Como cuando se graba una canción hay partes que se repiten por alguna desafinación, mala medida o tonalidad diferente, le consulté optimista.

—Maestro, ¿qué parte?

Me miró serio frunciendo el ceño.

—Todo —me respondió contundente abandonando el estudio.

Vaya vergüenza. Me provocó meterme la cabeza por el culo y matarme a pedos. ¡Qué papelón! Hasta ahora que lo escribo se me pone

la cara roja.

Pero no todas son agrias, para satisfacción personal varios directores de orquestas salseras, entre ellos Jairo, me convidaron a observar sus presentaciones con el fin de escuchar mi opinión sobre su sonido. Inmenso favor y distinción, pero hasta ahí nomás.

Me considero melómano por naturaleza y por eso siempre soñé con visitar algún día a Nueva Orleans, ciudad del sureste del estado de Luisiana, Estados Unidos. Cuna musical de ese país, donde nacieron grandes músicos de jazz como: Louis Armstrong y Wynton Marsalis entre muchos otros, y aunque he viajado varias veces a Los Ángeles, New York, Las Vegas y Miami por razones de trabajo o de visita a mis familiares, pues no se me había dado la tan anhelada oportunidad.

Citadino al ciento, como decimos en mi tierra. Ni idea de montar a caballo, ordeñar una vaca, sacrificar un cerdo, plantar un árbol o recoger una cosecha. Alguna vez donde mi abuela materna, había parido una de mis tías y le iban a preparar un caldo de palomo; entonces uno de mis tíos me asignó sacrificarlo. Me explicó que lo tomara por el pico, le obstruyera con mis dedos un par de huequecillos para asfixiarlo y procedí en medio de mil temores. Cuando con desespero el pobre palomo trataba de mover sus alas, retiraba de inmediato mis dedos. Mi tío me reprendía y me ordenaba intentarlo de nuevo. La acción se repitió no recuerdo cuantas veces. No fui capaz y hui en medio de los gritos del hermano de mi madre que me increpaba a la distancia: "Vuelve cobarde, maricón". El insulto me valió forro, no fui capaz de hacerlo, lo confieso. Pero siempre me llamaron la atención las historias que escuchaba los domingos cuando mis padres me llevaban a visitar a don Neftalí y a doña Mercedes, los papás de mamá.

Allá almorzábamos y pasábamos el día. Mi abuela era originaria de Pitalito, Huila. Y al ser criada en el campo en medio de cultivos y de bestias, pues toda su plática giraba en torno a esa vida colmada de hazañas de humildes y trabajadores campesinos. Anécdotas y más anécdotas. "Qué pereza" balbuceaban mis primos, mientras a mí me encantaba escuchar de ese mundo desconocido y me impactaba cuando la viejita relataba que Teódulo, su hermano, tomaba en plena embestida a un toro por los cuernos, lo frenaba en su embate y lo sometía derribándolo a la grama.

Yo, que en mi infancia tuve como ídolo a Superman a través de las historietas impresas que alquilábamos en mi barrio, y con las cuales aprendimos los chicos de la época a leer e interpretar, llegué a creer que ellos procedían del imaginario planeta Krypton, creado por Jerry Siegel y Joe Shuster para el universo de Superman. La verdad que los niños de

antes comíamos puntillas como postre. Bella inocencia.

Con el paso de los años conocí a los hermanos de mi abuela, los tíos de mamá: los Guzmán. Unos viejos grandotes, fornidos y ordinarios en sus gestos. De manos ásperas, con apariencia de hombres de verdad. De nariz colorada, producto del consumo de alcohol y fumadores empedernidos de tabaco. De potente voz y enemigos de la capacitación y del estudio. Recuerdo como si fuera hoy cuando arengaban a mis padres y tíos, refiriéndose a mis primos y a mí.

—Pongan a trabajar a esos muchachos para que se hagan machos, hombres de pelo en pecho y remolino en el culo. ¿O van a criar “mariquitas” de uñitas pintadas?

“Viejo malparido” decía para mis adentros, sin negar que en el fondo deseaba ir algún día al campo, a la montaña, en busca de esos poderes que solo comparaba con los de Superman. Creyendo que únicamente se podrían adquirir por allá, en el monte, lejos de las ciudades y de lo que llamaban civilización. Bien decía Diógenes, un negro querido de Puerto Tejada, Cauca, que no admitía ser llamado afrodescendiente, sino negro, porque no se avergonzaba de su color de piel: “El inocente come mierda y vive gordo”.

Me casé tres veces y de mi segundo matrimonio nació Diana Patricia, una de mis tres hijas mujeres. Su madre, la abogada Nancy Patricia, decidió separarse de mí por cosas del destino, de la vida, del amor o del desamor, y se radicó en los Estados Unidos, llevándosela bajo mi consentimiento a sus once años a vivir a Connecticut.

En Colombia el interminable conflicto armado entre guerrilleros, paramilitares, policías y soldados en esa incesante lucha por los cultivos de coca, ha desterrado del campo a muchas familias de campesinos que solo aprendieron a trabajar la tierra. Sin educación en su gran mayoría, con precarios ingresos económicos y limitados servicios de salud, los “paisas” o antioqueños especialmente, llegaron a Cali y se dedicaron a montar pequeños supermercados en los barrios populares, vendiendo: legumbres, carnes, hortalizas, frutas, bebidas gaseosas, cerveza, aguardiente, cigarrillos y un sinnúmero de productos, que de a poco les fueron generando buenas utilidades como para vivir decorosamente. Eso sí, felices y orgullosos de sus orígenes y añorando volver de visita a sus amados pueblos.

Muy seguramente aprovechando que nosotros los caleños no somos muy dados a esa clase de “sacrificios”, es decir: levantarnos a las tres de la mañana, cargarnos al hombro un bulto de papas o de plátanos, tener las uñas llenas de tierra o permanecer sudorosos y malolientes durante el día, porque no hubo tiempo para duchas en tinas con espuma de hierbas aromáticas. Qué pena con mis coterráneos, pero somos así: nos agrada

vestir y oler muy bien, dormir hasta tarde, bailar y revolcarnos con las mujeres más lindas y aspirar a ser gerentes sin estudiar. Desde luego con excepciones, pero es casi nuestro común denominador.

Una vez abordé un taxi. El conductor me observaba una y otra vez por el espejo retrovisor, algo así como que lo conozco y no lo conozco. Me percaté de su incertidumbre y no me extrañé, pues por mi condición de periodista deportivo de radio y de televisión durante tantos años, he vivido situaciones similares que terminan en un autógrafo, una fotografía o en una jocosa plática. El hombre me reconoció, nada me pidió y comenzó a ponderar a mi tierra.

—Señor, no sé por qué ustedes los caleños se quejan tanto, si esta ciudad es un paraíso. Es la mejor del país. Yo llegué hace cinco años con mi mujer y mis dos hijas, con una mano atrás y otra adelante. Hoy tengo este taxi, una casa de dos plantas y de aquí no me voy por nada del mundo.

—Lo felicito —le dije con alguna parquedad.

Nada más cabía en ese diálogo que nos retrataba como holgazanes a los caleños.

—Y le tengo una mala noticia mi señor —agregó.

— ¿Cuál? —le pregunté inocentemente.

—Vienen más "paisas" para que ustedes los caleños puedan dormir una hora más — remató el cabrón.

Ni modo. En gran parte le asistía la razón.

En el año 2012, Jorge Andrés, uno de mis hijos que se inclinó por el periodismo deportivo, me recomendó a una jovencita de nombre Marisol Toro, profesional de Comunicación con énfasis en ciclismo. La entrevisté y me pareció ideal para vincularla a mi grupo de trabajo. Un acierto total, pues hoy Marisol es la mujer que mejor analiza este deporte en Colombia.

Al revisar sus documentos de rigor, me llamó la atención su lugar de nacimiento: Mesopotamia, Antioquia. Yo sabía de Mesopotamia, la zona del Oriente Próximo, ubicada entre los ríos Éufrates y Tigris, cerca del actual Irak, pero de la existencia de una población colombiana con ese nombre, ni idea. Reburujé entre los ciento veinticinco municipios de ese departamento y no me apareció por ninguna parte.

Días después ella me aclaró que, vivió en la vereda de San Bartolomé, corregimiento de Mesopotamia, perteneciente al municipio de La Unión, y

que su madre dio a luz en plena carretera cuando era trasladada en un destartalado vehículo hacia el hospital correspondiente. Es decir, provenía de la propia montaña. Qué buena historia.

Al cabo de unos cuantos años, Nancy Patricia y mi hija Diana se mudaron a Miami. Allí se unieron a Fernando, uno de mis hijos varones que también había partido hacia territorio norteamericano. Fue cuando después de mucho tiempo volví a pisar los predios del Tío Sam con motivo de unas vacaciones.

Con mi ex esposa sostenemos una magnífica relación. Tanto que reflexionando, concluimos en que nos equivocamos siendo esposos, cuando debimos ser amigos por toda una eternidad. Ella me considera su mejor amigo y yo pienso lo mismo de ella. Hablamos a menudo sobre nuestras vidas, nuestros hijos y nos confiamos cada secreto. Considero que así deberían ser las parejas cuando dan por concluida su sociedad conyugal. Los hijos, cuando los hay, se sienten muy bien y el trauma generado por la separación de los padres es menos severo. Esa pelea de perros y gatos, de dimes y diretes, está mandada a recoger.

Nancy Patricia tomó los caminos de Dios a través de la iglesia cristiana, me ha compartido sobre esa nueva vida, me envía versículos de la biblia y la he acompañado al culto dominical cuando estoy por esos lares. Si un día decidimos dejarnos de amar, hoy nos queremos como hijos de Cristo y hermanos en la fe.

Como jefe o patrono, soy muy dado a interactuar con mis subalternos, detesto esas barreras de poder que algunos establecen con sus empleados. Soy un convencido de que la autoridad y el respeto se ganan, no se imponen y como que me igualo con ellos. De ahí que la confianza es mutua: saben todo de mí, y yo, todo de ellos. Aclarando que mi actitud es por convicción y no por conveniencia.

Marisol me comentó que siendo niña, su padre debió abandonar su pueblo con su mamá y sus hermanos por el asedio de los diferentes grupos alzados en armas en la zona. Guerrilleros de las Farc y paramilitares se tomaban esas poblaciones a menudo, despojándolos de alimentos y obligando a muchos jóvenes a enrolarse en sus filas: hombres y mujeres indistintamente. Aterraba que, quienes durante el día ostentaban el uniforme de policías, en la noche ejercían como paramilitares sin ningún empacho.

Muchos pobladores de bien, inocentes por demás, fueron ajusticiados en la plaza principal sindicados de colaborar con estos o con aquellos. Y por allá en 1999, Mesopotamia, ese remanso de paz, se convirtió en un infierno para sus humildes moradores. Su casa de campo y sus extensas tierras donde cultivaban papa y fresas de donde derivaban sus limitados ingresos, debieron venderse por un precio irrisorio con tal de salvar sus

vidas y partir en búsqueda de algo de respiro y sosiego.

Llegaron a Cali, Valle del Cauca, donde unos parientes residentes en el Distrito de Aguablanca. Ellos los recibieron, orientaron y apoyaron. Me confesó que el cambio fue muy duro en un comienzo. Del verde de la naturaleza, de las solitarias montañas y los caminos de herradura, pasaron de la noche a la mañana al bullicio de la urbe, al cemento y al congestionado tráfico de todo tipo de automóviles en las diferentes calles de la ciudad.

Al poco tiempo se trasladaron al populoso barrio Obrero. Allí montaron una tienda mixta que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en un supermercado; mientras Ana María, la madre, en las noches vendía comidas rápidas. Y fue así como ella y Natalia su hermana menor, pudieron capacitarse académicamente. Siendo las únicas que de los seis hijos del matrimonio Toro Valencia, concluyeron estudios secundarios y universitarios.

En el 2018 pasé las fiestas decembrinas en Miami, en casa de Nancy Patricia, con mi hija Diana y mi nieto Jacob. La Chava, mi esposa y mis hijos menores: Laura Daniella y Juan Diego se quedaron en Cali. El presupuesto no daba como en otras ocasiones cuando viajábamos todos. Me había llegado la época de las vacas flacas, en la que continúo sin mayores opciones, pero feliz.

La cena del 31 de diciembre fue en un lujoso restaurante ubicado en Coral Gables, con remate en el departamento de mi hermana Cecilia. Ella vive en Estados Unidos hace como treinta años en el piso veintiocho de un bello edificio en Brickell. Compartimos con Michael, su esposo "Gringo" y Ana, su madre polaca. Nos juntamos todos y disfrutamos desde el elevado balcón del colorido y estruendo de los juegos pirotécnicos en la bienvenida del año nuevo. Inolvidable noche.

A mediados de enero regresé a Cali a retomar mis actividades periodísticas y a escribir mis historias, eterna costumbre. Yo si no estoy leyendo, estoy escribiendo. Es una especie de terapia que me hace olvidar de cualquier impase o inconveniente de diferente índole padecido durante el día.

Las diferentes políticas de seguridad de los últimos gobiernos colombianos, menguaron los actos de violencia en Mesopotamia hace unos cuantos años, por lo que Marisol y su familia, han regresado en varias ocasiones a vacacionar a su pueblo y a compartir con sus numerosos familiares que lograron subsistir a los malos tiempos. En cada regreso Marisol siempre me advertía que, algún día me invitaría a conocer su «Meso» y su gente. La que pondera y extraña sobremanera. No en vano en la antigua Grecia, uno de los máximos castigos era el destierro u ostracismo. La tierra natal, cualquiera que sea, se ama por encima de

cualquier otra, así se diga que no somos de donde nacemos, sino de donde nos realizamos.

En junio de 2019, mi hija Diana, me envió pasajes para que volviera a Miami a compartir con ellas y mi nieto, aprovechando que el campeonato de fútbol en Colombia se neutralizaba por la realización de la Copa América en Brasil, la cual yo no transmitiría.

Acepté, pero esta vez con el propósito de desplazarme hasta Nueva Orleans por lo menos durante una semana. La idea era tomar un autobús desde la «capital del sol», acompañándome de una mochila como cualquier “trotamundos”. Libre de preocupaciones y prejuicios. Dispuesto a vivir toda esa cultura a mi manera. A tomar mis apuntes y a gozarme sus noches de música y jolgorio.

Como los roles se invierten con el tiempo, pues toda esa sobreprotección que tuve con mis hijos en su infancia, generada por esa cantidad de temores y prevenciones (no se suba allí; cuidado se cae y se parte un brazo; no coma eso o aquello que le puede sentar mal; no se vaya solo que se pierde; no le reciba nada a nadie y tal y que tal), se devolvieron hacia mí como les debe pasar a todos los veteranos padres de familia del mundo.

La madre le develó a mi hija mi propósito expedicionario y cuando llegué a Miami, Diana ya tenía armado lo que llamamos los colombianos, un paseo de olla.

—No papá, ¿cómo se te ocurre irte solo a Nueva Orleans? Esa ciudad es muy peligrosa: hay mucho loco, mucho licor y drogadicción. Tú no hablas el idioma. Olvídate, que solo no te iras —me dijo contundente y sin derecho a cualquier apelación. Vaya recibimiento.

Fue así como partimos una madrugada de sábado en el vehículo familiar. Mi hija, mi yerno, mi nieto Jacobo residente en Bogotá y que también estaba de vacaciones, y yo, el más vulnerable e indefenso según mí niña. Nancy Patricia, mi ex, prefirió quedarse con Jacob el menor de mis nietos, con el argumento de tener mucho por hacer en su trabajo. Tal vez, no lo sé, eludiendo tener que compartir habitación conmigo, desconociendo que a estas alturas soy un semental en decadencia, un lápiz sin punta, una piraña mueca. Nos esperaban doce horas de carretera, 1389 kilómetros. Qué maravilla.

Un mes después de mi regreso de Estados Unidos, Marisol me informó del matrimonio de su primo Juan Manuel, también periodista en La Ceja, Antioquia. A la ceremonia asistiría toda la familia, sus padres y hermanos. Me invitaron y no desaproveché la oportunidad de conocerle su redil, su querencia natural como dicen los taurinos. Tenía muy frescos los recuerdos de mi periplo estadounidense. Me encontraría con la otra cara

de la moneda: de las moles de cemento a las montañas antioqueñas. Tremendo contraste paisajístico, gastronómico, cultural, costumbrista y ambiental. Lo que me agrada y seduce. Justo lo ideal y precisado para este relato.

Al volante estuvieron por turnos mi hija y mi yerno, a mí no me dejaron conducir ni un solo segundo, a pesar de que aprendí a mis doce años de edad en un camión con capacidad para seis toneladas, y hasta hoy sigo activo en mí vehículo. La sobreprotección primó una vez más. La cinta asfáltica de comienzo a fin, estupenda.

Compartí durante todo el recorrido la silla trasera con Jacobo, que por esos días había cumplido sus dieciocho años, y quien a pesar de su corta edad goza de un espíritu aventurero. Vivió unos meses en Barcelona, España, donde trabajó en diferentes actividades para solventarse. En solitario suele salir a caminar horas y horas sin rumbo determinado, para conocer simplemente. Después se orienta de cualquier manera y regresa al punto de origen sin importarle la hora, ni la preocupación de quienes esperan su regreso luego de tanto tiempo de incomunicación. Lindo mi nieto.

Nos detuvimos en varias zonas de descanso, abundantes en esas carreteras y donde se aprovecha para comer, tomar una bebida o dormir por unos minutos. El viaje fue placentero y solo me sentí nervioso cuando atravesamos un túnel que construyeron debajo del mar. ¿Pendejo? Seguramente. Mi mente trabaja mucho y hasta me imaginé que justo a nuestro paso, podría la fuerza del agua estallar. Cuando salimos del mismo sentí un alivio, no lo niego.

Con la familia Toro Valencia, partimos un viernes bien de mañana vía aérea: Cali – Medellín. Un vuelo de cuarenta minutos aproximadamente. Aterrizamos en el aeropuerto internacional José María Córdova, ubicado en el municipio de Rionegro, Antioquia.

Dos taxis nos trasladaron hasta el terminal de transportes de la localidad, donde abordaríamos otro vehículo que nos llevaría al municipio de La Unión. Aprovechamos para desayunar a la “colombiana” mientras nos convocaban del respectivo automotor. Es decir: huevos revueltos, la infaltable arepa, el «calentao» de fríjoles con arroz, queso, café con leche y morcilla por si acaso... Nada de hamburguesas, perros calientes o bolsitas de comida chatarra. «Artilería pesada» mis amigos. Como tiene que ser. Para eso existen: Omeprazol, Gemfibrozil, Metformina y Losartán. Benditos laboratorios.

Ya en La Unión, los Toro Valencia alcanzaron protagonismo. Yo me abrigué como buen calentano que soy, pues comencé a sentir el rigor del frío de las montañas antioqueñas. Los amigos de antaño asediaron a los casi turistas, quienes ipso facto recobraron la cadencia del acento de la

zona, un tanto perdido por tantos años de residencia en Cali. Agotado el temario, nos distribuimos en dos maltratados coches de servicio público intermunicipal, que nos trasladarían al destino final. La que para mí era, la incógnita Mesopotamia.

Llegamos en la tarde del sábado a Nueva Orleans y nos alojamos de inmediato en el Hotel New Orleans Marriott, ubicado en la zona céntrica, en plena Calle Canal. Dejé en la habitación mi ligero equipaje y con Jacobo salimos a la calle. ¿Descansar o dormir? No, de ninguna manera. Cuando me muera dormiré para siempre y sin interrupciones. El éxito de la vida para mí, es estar el mayor tiempo posible despierto. Respeto opiniones contrarias.

Calor de cuarenta grados centígrados y una preciosa fotografía ante mis ojos: una amplia vía adornada por bellas palmeras y dividida por el paso del famoso y antiquísimo tranvía. Definitivamente Dios me ha dado mucho más de lo que le he pedido.

Como si ese decorado visual fuera poco, mis oídos comenzaron a percibir un lejano sonido musical, que fue ganando intensidad en la medida en que se fue aproximando a nosotros un carnavalesco desfile criollo. Una veintena de coloridas carrozas eran amenizadas por pequeños grupos musicales con la base rítmica de instrumentos de percusión y la armonía de los vientos a cargo de trompetas, saxos y trombones. En su alrededor danzaban hombres y mujeres que con sus movimientos de caderas y esa sonrisa propia de la raza negra, convocaban a centenares de turistas que descendían con presura de todos los hoteles del sector para formar la calle de honor a su paso. Detrás de la última carroza, cuatro integrantes del espectáculo iban recogiendo y depositando en grandes bolsas negras de plástico, papeles, cartones, latas, empaques de comestibles y toda clase de residuos, dejando la vía absolutamente límpida.

La empinada carretera entre La Unión y Mesopotamia es una auténtica culebrilla de asfalto. Curvas sobre curvas, frío en progresión y disminución de la audición a causa de la obstrucción o disfunción transitoria de la "trompa de Eustaquio". Uno que otro vehículo nos topamos en el recorrido: sonido de claxon o pito, mano levantada de los conductores en señal de saludo y grito a toda voz del respectivo apodo; que según me contaron lo traen desde la cuna. Al parecer el nombre de pila solo aparece en los documentos de identidad y lo utilizan únicamente para trámites legales. Lo más curioso es que esos apodos se heredan y es común escuchar a los nativos hablando del hijo de Care lata, el hijo de Pelo e' chivo, o los hijos de Verano: los Toro Valencia.

Ana María, la madre de mi compañera Marisol, hizo detener el vehículo en el sitio exacto donde dio a luz a su hija veintinueve años atrás, para que nos tomáramos unas fotos. A pesar del bamboleo de mi

cuerpo de izquierda a derecha por la serpenteada carretera, disfruté mucho del viaje. Desde lo paisajístico, inolvidable. El verde y extensión de las montañas antioqueñas, cautivan. Entre otras cosas, porque cualquier desplazamiento que se realice por las carreteras colombianas, regala envidiables escenografías, casi postales.

Entramos a Mesopotamia por la única calle que tiene el pueblo y que desemboca en la Plaza Principal (hay una sola). Descendimos de los autos frente a la iglesia de La Inmaculada Concepción (indefectible en nuestros pueblos) y caminamos trescientos metros hasta llegar a la casa de Nubia, la cuñada de Verano, donde pernoctaríamos.

Pensé que compartiría habitación con alguno de los hermanos de Marisol, mas no fue así. Me distinguieron ubicándome en solitario en un agradable cuarto. Esa primera noche fue de tortura. Cansado por el largo viaje me tumbe en la cama, el frío penetró en mis huesos a pesar de las tres cobijas de lana que me arropaban. Mi cuerpo vibraba y tuve que dormir con la ropa del día, más la chaqueta o chamarra que llevaba conmigo. Por vergüenza y respeto, no pregunté si había agua caliente, pensando en el aseo matutino. Entre sueños era esa mi mayor preocupación. A la mañana siguiente recibí esa tremenda bendición: la ducha gozaba de un efectivo calentador.

El manto de la noche sabatina cubrió a Nueva Orleans, nos duchamos y nos vestimos de turistas. El itinerario señalaba paseo por la histórica Calle Bourbon, ubicada en el corazón del barrio francés y cuya extensión es de trece cuadras desde la Canal Street, hasta Esplanade Avenue. Estábamos alojados muy cerca. En ella pululan los bares con música en vivo, restaurantes y clubes de estriptis. Uno de mis sueños estaba a punto de convertirse en realidad. El "agite" nos esperaba.

Nos refundimos entre una caminante multitud. Ruido, colores, alegría y gente de todas las latitudes. Parecía la romería del 12 de diciembre en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en Ciudad de México. Aclaro: con fines diferentes, para que no se resientan los fieles ni los borrachos.

Ingresé no sé a cuantos bares, todos muy concurridos donde cada quien portaba su cerveza o su botella de Jack Daniel's, el whiskey estadounidense de Tennessee, el cual asimilé de maravilla y con el que me matriculé hasta hoy, pues no me agüeva como los demás. Qué ambiente y qué voces escuché en cada bar, Dios mío. Oí los equivalentes a: Donna Summer, Gloria Gaynor, Barbra Streisand, Freddie Mercury, Natalie Cole, The Rolling Stones y demás legendarias figuras de la canción gringa y británica. En cuanto a los músicos, ni hablar: maravillosos. Esa gente nació para hacer música, no cabe la más mínima duda. Llegué a pensar que debería estar solo y con diez mil dólares en los bolsillos, pero estaba con mi hija que me tenía puesto el freno de mano y tampoco tenía

el parné. Ni modo, al final soñar no cuesta nada.

Las casas del sector conservan su diseño tradicional, el mismo que vemos en las películas: de madera, dos pisos, amplio frente y extensos balcones. Arriba también hay bares y hombres y mujeres se asoman desde lo alto a observar el paso de los transeúntes. Al azar eligen a alguna de las damas a la que con sus gritos animan a subirse la blusa y a mostrar sus senos por unos instantes. La algarabía termina por convencerlas, pues casi todas van sin sostén y luego de exhibir sus rosados pezones, sobre ellas cae una lluvia de collares de diferentes colores a manera de galardón en medio de risas y aplausos. Diríamos que es algo típico, algo tradicional, que se hace con naturalidad, sin ningún morbo y sin vulgaridad alguna. Vi tetas de todas las formas y tamaños, deseaba ser amamantado de nuevo. Al final soy un mamífero al igual que ustedes ¿o no?

Asistimos al matrimonio de Juan Manuel el primo de Marisol, objeto de nuestro viaje. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia del Noviciado Salesiano Sagrado Corazón de Jesús en La Ceja, Antioquia. Unas instalaciones de lujo. Todo fue muy sobrio y elegante.

Ese sábado coincidimos en «Meso» con la impajaritable celebración de la fiesta de San Isidro Labrador, patrono de los agricultores. Convocatoria anual del párroco de la iglesia de La Inmaculada Concepción. Asomamos a la Plaza Principal a eso de las nueve de la noche. Arribé "escoltado" por toda la parentela de mi compañera Marisol; en mi caso había asimilado bastante la baja temperatura, al menos no tiritaba como la noche anterior en mi lecho de huésped. La tarima estaba instalada en el umbral de la iglesia, y sobre ella una juvenil agrupación musical, estaba interpretando la denominada por los oriundos: «música parrandera», la misma que bailan como les da la gran puta gana, libres de prejuicios. Había gente hasta de un solo ojo como decíamos en Saavedra Galindo, el barrio que me vio nacer en mi Cali Bella. Muchos de los presentes venían de Rionegro, La Ceja, Sonsón y de otras veredas circunvecinas. Nos acomodaron en una amplia mesa debajo de la inmensa carpa que nos guarecería de cualquier llovizna. Quedamos apostados frente a los músicos.

Qué vida había cobrado ese casi «pueblo fantasma» de todos los días. Qué metamorfosis experimentaban sus laboriosos moradores. El hacha, el machete, el azadón, la ruana, las botas pantaneras y el perrero de arriar a las bestias, quedaron reposando en sus fincas y parcelas, para darle paso al lucimiento de sus fiesteros atuendos.

El licor era donado por la feligresía y el recaudo por la venta iría directamente, sin escalas, a las arcas de la iglesia. La fe mueve montañas.

Comprobado.

Una y otra botella de aguardiente antioqueño fuimos consumiendo en nuestra mesa. Abundaban las muchachonas de buenas hechuras y yo, desparramando de vez en cuando la mirada al tendido, alcancé a observar varios deleitosos ombligos. Desde luego con suma prudencia, preservando mi condición de invitado de honor. Ni más faltaba.

El adoquinado piso me abstuvo de bailar en un comienzo, mi artrosis de rodilla me hizo temer por alguna pisada en falso que me causara contratiempos físicos, pero entrado en gastos y envalentonado por el "guaro" me lancé al ruedo. Bailé con Marisol, con Natalia su hermana, con Nubia y seguramente con algún ejemplar de los otros encierros. Parodiando a nuestros ciclistas colombianos en el Tour de Francia, desafié: altimetría, frío, lluvia, pavés y hasta los vientos de costado. Untado un dedo, untada toda la mano.

En Nueva Orleans sobre la Calle Canal, cerca del río Misisipi, encontramos e ingresamos a un bar cubano muy particular, pues se permite fumar en su interior. Inclusive, consta de una lujosa tabaquería donde se compran los puros y los asistentes se los pueden fumar sin ninguna restricción. Un sitio amplio, bien decorado y con una música... aquella que me cautiva, que me enloquece: son, montunos, guarachas y boleros. Mi hija Diana Patricia, al verme tan realizado me convidó a bailar, ella por su juventud (es de Shakira en adelante) me susurró que la guiara. Rápidamente asimiló la cadencia de los ritmos y fuimos objeto de admiración de parte de los presentes. Todos cubanos. Otro punto a mi favor.

Llegamos al hotel como a las tres de la mañana, todos se fundieron en sueño profundo y no sé por qué, a mí me costó conciliar el sueño. Me incorporé, abandoné la habitación y decidí salir a la calle, es decir a la puerta, al andén. Encendí un cigarrillo y miré fijamente el espiral de humo que salía de mi garganta mientras pensaba en güevonadas. Como siempre.

De la puerta giratoria brotaron cinco damas afro descendientes, digámoslo: cuatro negras culonas, patonas y tetonas. Insinuantes y atrevidas en sus atavíos. Eran trabajadoras sexuales. Hablaban entre ellas un inentendible inglés, lo que para nada me preocupó. Por sorpresa apareció en cuadro una mujer blanca, bien mayor, como de unos sesenta años, flaca, ajada y maloliente, con aspecto de drogadicta. Vino a mí, me pidió algo de dinero y le dije la verdad —No tengo— había dejado mi cartera en la habitación. Se dirigió a las cinco mujeres, les echó un discurso que alcancé a entender: les habló de sus miserias, de su soledad y desamparo, del hambre que tenía y me asombró la solidaridad de género. Todas, sin excepción, abrieron sus carteras y le dieron varios billetes de cinco, diez y veinte dólares. Interpreté algo así como que usted

aun siendo mujer, no se puede ganar la vida como nosotras, así nos rotulen como putas. Detalle hermoso y ejemplarizante. Contenta y agradecida, la indigente prosiguió su incierto camino. Quince minutos más tarde una limusina blanca recogió a las elegantes y generosas féminas.

En la mañana del domingo fuimos de nuevo a la Plaza Principal de Mesopotamia. El decorado era otro; no había carpa ni música. En la tarima estaba un pregonero animando a los presentes a comprar toda clase de platos típicos para desayunar o almorzar. Al igual que la noche anterior, todos los ingredientes obedecían a donaciones y el trabajo culinario de muchas mujeres era gratuito. Un largo y ancho pasillo contiguo a la iglesia, estaba habilitado con mesas y silletería para quienes quisieran consumir los alimentos allí o en su defecto, llevarlos a sus casas.

En el lugar donde bailamos la noche anterior, hallamos una amplia estantería con secciones demarcadas con los nombres de todas las veredas aledañas, exhibiendo para la compra en pequeños paquetes, frutas, verduras y hortalizas. A unos cuantos metros, en una especie de corral, había no menos de treinta terneros que en la tarde serían rematados con el consabido: "Quién da más". Todo donado a la parroquia. No conocí la cifra, pero el billete recaudado debió ser de millones de pesos. Por algo las religiones llaman «fieles» a sus absortos seguidores.

Ese domingo la Calle Bourbon de Nueva Orleans también se transformó. Celebraban el Día de la Comunidad LGBTI. Cantidades de banderas con los colores del arco iris pendían de los balcones y sus visitantes eran muy diferentes a los de la noche anterior y, como las cucarachas no van al baile de las gallinas porque se las comen, decidimos ir al puerto del río Misisipi a tomarnos fotos y a caminar un poco por la vía férrea.

En la tarde visitamos el parque construido en homenaje a Louis Armstrong, ese inolvidable trompetista y cantante de jazz, orgullo de Luisiana, fallecido el 6 de julio de 1971. Comida, música y gente a montones. Orden, aseo, estatuas, fuentes de agua, zonas verdes y amplitud por doquier. Todo un encanto.

Luego recorrimos el sector más afectado por el devastador huracán Katrina del año 2005, cuya presencia durante ocho días provocó la muerte de unas mil novecientas personas. Fue doloroso contemplar algunos vestigios de su mortal y despiadado azote. A diferencia de Mesopotamia, no fueron los hombres alzados en armas los portadores de la tragedia, fue la madre naturaleza en una de sus innumerables manifestaciones de rebeldía.

Nuestro almuerzo dominical en «Meso» consistió en succulentos tamales que compramos como contribución al festejo eclesiástico. En la tarde el tour contemplaba la visita a la vereda San Bartolo, donde

nacieron y vivieron sus años de infancia los Toro Valencia. El transporte estuvo a cargo de la hija del Perro, a quien por razones obvias apodan la Cachorra. En un campero y algo apretujados, emprendimos el viaje loma arriba por una estrecha carretera sin pavimentar, que según la conductora estaba en muy buenas condiciones. Ni pensar que la hubiéramos encontrado en mal estado. Observamos a distancia la casa y el predio que debieron abandonar en su momento. La hermosa finca que bautizaron sus padres con el nombre de Los Garabatos.

Con nostalgia afloraron los recuerdos y las anécdotas de los descendientes de Verano. Me llevaron a conocer la escuelita de sus primeros años escolares. Me enseñaron los caminos que recorrían a pie diariamente cargando agua, y las tierras que araban los varones siendo niños. Bella experiencia y gratitud para con la vida que me correspondió a pesar de mis penurias de infante.

Nueva Orleans y Mesopotamia están separadas por 3045 kilómetros en línea recta. Tan distintas, tan bellas y acogedoras. Ojalá pudiera visitarlas cada año como esta primera vez. Concluyendo de mi parte, que en Nueva Orleans se sobrevive y en «Meso» se vive.